

# El recado de la escritura (Apunte desde el taller)

## The errand of writing (Notes from the workshop)

Antonio Luis GINÉS MUÑOZ

**Authors:**

Antonio Luis Ginés Muñoz  
Centro Andaluz de las Letras  
alginesm@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0002-1585-280X>

**Date of reception:** 18-10-2018  
**Date of acceptance:** 25-04-2019

**Citation:**

Ginés Muñoz, Antonio Luis, «El recado de la escritura (Apunte desde el taller)», *Anales de Literatura Española*, n.º 32 (2020), pp. 119-125.  
<https://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2020.32.07>

**Funding data:**

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

**Licence:**

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



### Resumen

Desde la experiencia de los talleres de escritura se propone una lectura de *Escribir un poema* (2000), destacando en la obra lo que la convierte en algo diferente a un simple manual de composición. Junto a su carácter pionero y las peculiaridades de un discurso que busca la complicidad, se subraya una condición ensayística directamente relacionada con la búsqueda de una voz poética propia y la redacción posterior de *Una poética del límite* (2005).

**Palabras clave:** Eduardo García; Escribir un poema; poética; composición; aprendizaje

### Abstract

We propose a reading of *Escribir un poema* (2000) from the experience of writing workshops, highlighting in the work what makes it different from a simple composition manual. Along with its pioneering character and the peculiarities of a discourse that seeks complicity, an essay condition directly related to the search for a poetic voice of one's own and the subsequent writing of *Una poética del límite* (2005) is underlined.

**Keywords:** Eduardo García; Escribir un poema; poetics; composition; learning

La irrupción en el panorama nacional de *Escribir un poema* (2000) no solo supuso una ventana abierta a contemplar y abordar de otra manera el tema de la creación poética desde una perspectiva pedagógica y práctica a un tiempo, con las consiguientes aportaciones personales en cuanto a mirada y tono –cercano, entrañable, empático–, en un escenario de proliferación de iniciativas formativas en forma de cursos y talleres. No solo supuso que, como más tarde se comprobaría, el texto trascendía la condición de un libro más de ejercicios de estilo, ya que, debido a estos y otros factores que iré señalando, el libro iba a dejar una huella decisiva en quienes a partir de ese momento decidieran apostar por la poesía o incluso por impartirla como materia en talleres creativos<sup>1</sup>.

*Escribir un poema* materializa y proyecta el enfoque personal con que Eduardo García se enfrentaba en esos momentos a la poesía y el ejercicio de la escritura, pero se trata también de un enfoque que se ofrece para ser compartido. No podía ser de otra forma en un texto que se concibe con una clara finalidad de convertirse en una herramienta válida para una amplia variedad de destinatarios, que demandan premisas y claves de alcance general para abordar un proyecto de escritura. El texto de Eduardo García cumple a la perfección con este cometido, a la vez que pone de manifiesto su perspectiva particular sobre la poesía, apostando por una estilística y una estética que buscan formar parte de una visión de la realidad acorde con los tiempos, pero sin olvidar la tradición. De manera distintiva, la síntesis de la dualidad se manifiesta en la propuesta de coherencia y equilibrio entre la técnica (de la que el autor no se separa en ningún momento) y la inspiración (sin la que el poeta no entiende este proceso).

Una lectura atenta y en busca de los mecanismos por medio de los cuales Eduardo García extrae las sugerencias que ofrece a quienes aspiran avanzar en la escritura poética permite descubrir una sintonía coherente, perfecta, entre lo que propone el autor –sin púlpitos ni complacencias– y lo que él mismo ha puesto en práctica hasta ese momento, o sea, el resultado de una experiencia propia, interiorizada, compartida después en un proceso más laborioso de lo que a simple vista pueda parecer. ¿Cómo podríamos definir esta perspectiva que se trasluce en *Escribir un poema*? No sería cuestión de una palabra o dos; me parece más interesante abordar los contenidos que el término definitorio en sí.

En las páginas del manual se perfila la imagen de una poesía que ahonda en la conciencia del individuo, que dirige hacia allí su mirada con el fin de

---

1. Las dos reediciones que la obra ha conocido hasta el momento (2003 y 2011), cuando el catálogo de manuales de esta naturaleza ha conocido un notable crecimiento, es un indicio significativo de la recepción y el consiguiente impacto de *Escribir un poema*.

extraerle una sacudida, una conmoción. Es esa motivación la que se hace tangible y permanente en esta obra de Eduardo, pero a modo de un tronco central del que surgen en forma de ramificaciones sugerencias de peso, como la atención al poder de la imaginación para acceder al misterio escondido tras una realidad demasiado plana, una semilla que tendrá fértil arraigo en su obra posterior. Será en la misma, a partir de *Horizonte o frontera* (2003), cuando, a través de la poesía, se busca una aproximación al misterio, para cercarlo con un nuevo lenguaje, que encauza y clarifica nuestra experiencia diaria, a la vez que la alimenta como paso previo hacia la posibilidad de lo creativo.

Los recuerdos, su reconstrucción al margen de una pretendida objetividad, que acabará siendo rechazada, se convierten en el sustento emocional imprescindible para ir configurando la perspectiva. La percepción y la memoria filtran los referentes y actúan como instrumentos para trascenderlos. Las observaciones sobre este punto, que el manual convierte en consejos y sugerencias, actúan también en el propio autor, que acabará dando el paso para no obviar ni ocultar lo que late en el interior del sujeto frente a lo racional. Como acabará fijando programáticamente en *Una poética del límite* (2005), se trata de recuperar el componente más intransferible que actúa desligado de la razón que todo lo domina e impregna, tratando de silenciar una parte esencial de la experiencia y de la poesía.

Hasta llegar a la propuesta más madura, en *Escribir un poema* se fraguan algunas de las intuiciones que la sustentan. La imagen, su visibilidad, la importancia de caminar hacia lo auténtico a través de lo visionario como muestra de la emoción misma del poeta, se puede apreciar en esta perspectiva como uno de los momentos clarificadores del libro, junto a la complementaria secuencia de borrados, correcciones y escritura definitiva del poema. La imaginación se reivindica junto a lo racional, tendiendo un puente entre lo concreto y lo abstracto. Para condensar lo demasiado volátil el mentor de poetas acentúa su insistencia en la lectura y la escritura como ejercicios continuos, de asimilación y corrección. El poeta aborda estas cuestiones articulándolas en lo que en el año 2000 era aún su apuesta por una línea clara y definida, pero ya con unos perceptibles esbozos de apertura, que más tarde podrían leerse en relación con las manifestaciones de insatisfacción que tras la publicación de *No se trata de un juego* (1998) el poeta formula acerca de las posibilidades que una estética apegada al realismo le ofrecen a sus crecientes inquietudes de exploración y búsqueda.

Las constantes vitales que se ponen de manifiesto en *Escribir un poema* son las constantes vitales poéticas que Eduardo García ponía en práctica; creía en ellas, y no eran solo un escaparate para mostrar unos «ejercicios», lo más básico

en la escritura poética. Se trataba de algo más. Y ello proporciona una columna que vertebra el sentido de lo poético desde su lado más oscuro y mágico hasta todo el proceso, menos fervoroso pero muy necesario, del trabajo y pulido, de ir descubriendo qué es lo que sobra, qué no hace avanzar el poema, y por descarte, qué es lo esencial en lo que sobrevive a la labor de lima. Ir de dentro hacia fuera. Todo ello sin darle una trascendencia sublime, compartiendo este camino, esta experiencia personal, para hacer también partícipe de ella al lector que aspira a compartir la práctica de la poesía.

La dimensión compartida, social podríamos decir, de este libro se sostiene en los principios de los talleres de poesía, que Eduardo García experimentó en el contexto de la joven poesía cordobesa, hasta impartirlos en su papel de una de sus figuras más avanzadas. Este lugar de encuentro y de intercambio de experiencias representa una línea abierta hacia el otro individuo que trata de conocer y asimilar el proceso experiencial de la poesía. Los talleres como motor impulsaron un aprendizaje continuo, bidireccional, que se proyectó con más campo de acción tras la publicación de esta obra y la extensión de sus efectos. Hasta ese momento, quienes participamos en el movimiento de la entonces joven poesía cordobesa nos movíamos en los talleres, con una primera base aportada por Pablo García Casado, a partir de la experiencia propia, y en ese camino pude hacer algunas aportaciones. El giro decisivo se produjo con la aparición de *Escribir un poema*, y fue un giro sustancial, ya que suponía una sistematización de la práctica formativa y, en particular, por los matices que le aportaba. Eduardo asentaba algunos conceptos manejados antes de manera dispersa, y los ordenaba con el rigor que acostumbraba un perfeccionista incansable, además de alguien avezado en las labores del pensamiento y en el ejercicio real de la docencia. Aparte de introducir un principio de orden en todo este proceso, quien era ante todo un poeta consciente de su oficio y en constante búsqueda, abrió las puertas a la imaginación, para no dejar reducida la escritura del verso a una destreza con algo de escolar. Al dar luz a todo el proceso que se inicia a partir de lo interno, fue construyendo una casa habitable, desde abajo hacia arriba, con unos cimientos luminosos y certeros. Una casa en la que una vez que entras, no quieres salir ni dejas de investigar en cada una de las estancias.

La validez que adquieren los conceptos y contenidos que el libro expone brota del hecho sustantivo de que están basados y contrastados en la experiencia, una experiencia de carácter doble, además de la que brota del profundo poso de lecturas de todo orden (poesía, narrativa, ensayo, filosofía...) con la que el poeta nutrió su escritura y su vida. De un lado gravitaba la vivencia y la profunda reflexión desarrollada con la escritura de sus dos primeros y

premiados libros, con los ecos que suscitaron, con una cierta brecha entre la apreciación ajena y la insatisfacción que extendía ya sus raíces. Del otro lado, Eduardo García incorpora a su manual el conocimiento adquirido en la labor docente en el aula del instituto y, por cercanía, a través de una vía indirecta, de los procesos que se activan en las aulas de un taller de creación y de la realidad abierta en sus sesiones, que en aquellos años pudimos compartir en muchos sentidos, y desde la que hoy es posible apreciar en toda su profundidad la aportación decisiva de aquel texto.

Estábamos, y seguimos estando, ante un libro guía, una orientación certera. El que se acerca a la poesía por primera vez –y el que ya tuvo ese primer encuentro– halla el cobijo inicial que responde a unas cuantas interrogantes acerca de un manual de este género sin certezas exactas, que marca hasta un cierto «método», que declina hacer concesiones a lo abstracto –al menos, al principio y hasta que se domine la parcela de lo concreto– y que propone la sencillez como modo de acercamiento gradual al hallazgo poético. Hay que tener en cuenta que los libros en aquellos momentos disponibles no abordaban todo el proceso en su conjunto, sino que ofrecían pinceladas sueltas, casi siempre a un nivel más teórico que práctico, sin ejemplos ni ilustraciones a partir de los grandes textos; se limitaban, en la gran mayoría de las ocasiones, a interpretar los productos de la creación, no a desmenuzar el antes y el durante, los recovecos de un proceso.

Eduardo García no quería escribir un simple manual, otro manual más. Y así lo manifestaba a quienes estábamos cerca mientras iba confeccionando su libro. Cuando compuso *Escribir un poema* no tenía una experiencia contrastada en la dirección de un taller de escritura; sin embargo, tampoco le hacía falta, por su dominio paralelo del arte de la enseñanza y el del artificio de la poesía. Con ello da un sesgo distintivo a su texto, al optar por una comunicación directa con un tú singularizado, cercano al tono de sus poemas pero también especialmente idóneo para un receptor que busca adentrarse en la poesía como parte de una experiencia más personal que colectiva, como ocurre en el aula del taller, un lector que encuentra un marco de complicidad, una comunicación de «tú» a «tú» en la que siente que la suya es una experiencia única e irrepetible, como debe ser la poesía. Otra cosa bien distinta es que ese material se pudiera redirigir hacia el destinatario colectivo de los talleres, como en no pocas ocasiones ha sucedido y seguirá sucediendo, y allí sirviera de referente y apoyo constante para los monitores, antes de servir también directamente a los alumnos con más deseo de levantar el vuelo.

La respuesta efectiva a las demandas planteadas se sostiene en el sentido eminentemente práctico con que se construye el libro, con una teoría bien

sustentada, pero que no actúa como lastre para ralentizar el discurso o lanzarlo al espacio de la abstracción. Eduardo García defiende unos determinados valores de la poesía, pero no los reduce a la consigna propia de un manifiesto ni a la sequedad de un recetario. Más que dictar cómo se consigue un efecto particular, ilustra cómo se obtiene en un poema real, generalmente seleccionado de su repertorio de preferencias, y eso le da un punto de autenticidad, de valía real, alejándose radicalmente de las hipótesis y los supuestos. Lo que plantea es factible; es más, con gran sencillez muestra cómo ha sido realizado

El autor va deconstruyendo, con un apoyo fundamental en este procedimiento, cierta mitología en torno al acto creativo; le resta esa aureola mística-mítica, acercando dicho acto a lo cotidiano, creando una proximidad cercana, sin la pérdida de la magia y lo oculto. La proximidad se resalta sobre todo en los primeros momentos de aparición del hecho poético. La poesía toma tierra, se muestra cercana, al alcance, se va deshaciendo esa distancia de lo mítico, lo inalcanzable. Al configurar su selección de ejemplos y referentes Eduardo García refuerza esta imagen de la poesía como algo que puede ser cercano al tiempo que abre la ventana hacia horizontes dilatados; mientras lo primero se muestra en poemas de raíz y formas más clásicas, el autor aprovecha las citas y comentarios de obras de la poesía más moderna para mostrar las posibilidades de vuelo a territorios menos explorados. La base compartida en todos estos casos y subrayada para la práctica de quien pretende iniciarse en la poesía es la puesta en valor del trabajo continuado, de la insistencia como base del pulso poético, de lo productivo de dejarse llevar en un principio para luego ir siguiendo unas pautas progresivas que, superadas, conducen hacia la definición final del poema.

*Escribir un poema* no es un punto final como pudiera desprenderse de las observaciones acerca de la maduración que refleja, en la aproximación a una poética y en el modo de formularla para ser compartida. Más bien podemos verlo, sobre todo a partir de la trayectoria posterior del poeta, como un punto de partida, una base con mucho tino y acierto sobre la que ir planteándose cuestiones que arrancan de la reflexión sobre el aspecto práctico sin perder de vista la base teórica, el mecanismo de funcionamiento visto por dentro, comenzando por su consideración como tal, como un proceso en el que existe una mecánica. La opción que se sigue rehúye el dogmatismo y la respuesta fácil. No se trata tanto de mostrar e imponer la ruta a seguir como de señalar las sendas que no conviene elegir en un camino que Eduardo se encarga de no presentar tortuoso, más bien apasionante, pero sin renunciar a ir mostrando el proceso laborioso de horas de trabajo que respaldan este planteamiento. Por defecto, se va aligerando lo que no sirve, lo que puede nublar, confundir. Y en

este aspecto se diferencia con claridad de otras publicaciones de este género, que suelen ser más convencionales, más placenteras con lo que el lector está dispuesto a recibir o escuchar. En las páginas de nuestro manual hay ejemplos, algo sobre lo que trabajar, modelos a tener en cuenta, incluso los pequeños obstáculos que el escritor novel puede encontrarse, las dificultades a sortear, las comparaciones, el resultado de las mismas. La parte del libro rotulada como «Aspectos a cuidar» resulta significativa, pero este cuidado por todos los elementos que intervienen en la composición de un poema es una constante subrayada a lo largo de todo el trayecto, el del libro y el que ha de recorrer el poeta en ciernes. La visibilidad del proceso, con todas sus partes al descubierto, establece una conexión muy directa con el receptor, que sobre todo ve y comprueba cómo no hay ambigüedades ni zonas oscuras, sino planteamientos y posibles respuestas.

Este libro de Eduardo García representa un momento especial en su trayectoria, por su naturaleza, por sus contenidos y por lo que tiene de punto de inflexión. Lo reitero: por todo lo expuesto y porque invita al trabajo, a la indagación y a la reflexión, esto es, a compartir lo que el poeta ha convertido en un rasgo definitorio de su escritura. Pensar y repensar el hecho poético por dentro sin dejar de trabajar al mismo tiempo, sin olvidar, como dejó escrito el autor, que cada poema es un mundo, con su propia respiración y su propio ritmo, con sus propios problemas técnicos. Así pues, encontraremos tantos mundos como poemas, tantos poemas como recados de escribir nos dicte el corazón; no hay una verdad absoluta, las pequeñas verdades son las que acaban por sustanciar el poema; como decía Eduardo, dejémonos guiar siempre por la intuición en este viaje sin mapa que es el poema.